

Domingo de Resurrección. Ciclo B.

Jn 20, 1-9

a. Contexto

La alegría que nos inunda en este día tiende a irradiarse a todo y a todos, porque Cristo ha triunfado de la muerte: ha nacido a una Vida Nueva en su Humanidad Glorificada, por la fuerza de Dios.

Éste es el motivo de la alegría de los primeros cristianos, que ya desde los escritos del N.T. se hacen eco, como Pablo, de que Cristo es Resucitado por el Padre, para traernos la esperanza y librarnos del mal presente (1Tes 1, 10).

En ninguna otra sección de la Biblia como en esta perícopa se cumple más plenamente el principio de exégesis de que la Sagrada Escritura es Palabra de Dios plenamente, y a la vez palabra del hombre, lenguaje humano.

En torno a la Resurrección, los evangelistas no siguen una misma secuencia de hechos, como sucede en la Pasión y Muerte del Señor, si bien todos coinciden en que se dan encuentros reales con el Señor Resucitado.

Existe en los discípulos una experiencia de revelación, y a la vez una conversión a Cristo en esta nueva etapa. Las coincidencias de Juan con los sinópticos giran alrededor del papel de las mujeres.

Se trata sólo Magdalena, según Juan, en estas apariciones (ya lo veíamos anoche, en la Solemne Vigilia pascual), y de la tumba vacía. El cuarto evangelio confiere unidad a los temas de la Pasión, Muerte y Resurrección.

Pero mucho más que los sinópticos: se trata de un único acontecimiento. Ya veíamos anoche el significado del término, que no es sinónimo de un puro hecho anecdótico salvador en el plan de Dios.

Se trata de una situación nueva, real de la Humanidad de Cristo, glorificada. En el evangelio de Juan ya ha llegado la hora de la glorificación total del Padre, por la acción del Hijo, que queda igualmente glorificado.

Jesús es glorificado en su Resurrección, es decir, en su Humanidad elevada por Dios a Creatura Nueva. Ello significa el inicio de una nueva forma de ser Hombre (Cristo), y de que todos los hombres 'vivan', al estilo de Dios.

En el amor de entrega (por la muerte gloriosa de Cristo (Jn 12), la gloria del Padre se ve en la existencia de Jesús, especialmente en la nueva existencia del Jesús Resucitado.

De todo esto se deduce en las tradiciones neotestamentarias la identidad entre el Jesús de la historia y el Cristo Resucitado, si bien Juan refuerza este aspecto particularmente, por lo que insiste en el carácter histórico de Jesús.

Habla de ese Jesús que es glorificado en la Resurrección, donde brilla su Divinidad. Todo ello cuida especialmente el riesgo de caer en el gnosticismo que acechaba la comunidad cristiana del discípulo amado.

En este sentido, véase la insistencia en la lanza o en los clavos (Jn 20, 25).

b.Texto

Bajando a datos más concretos, en el pasaje que hoy nos ocupa Juan habla particularmente de diversos aspectos que fortalecen la fe de los discípulos. Es el caso de los rumores de que había sido robado el Cuerpo de Cristo.

Esos rumores se refieren al caso del sepulcro, diciendo que la fe de los creyentes era un caso de pura alucinación colectiva. Por eso precisamente Juan insiste en la identidad entre Jesús de Nazaret y el Resucitado.

Así, asistimos al dolor que invade a Magdalena por la ausencia de Jesús (Jn 20, 11), o al miedo que sienten los discípulos en su desaparición (Jn 20, 19), o a la incredulidad de Tomás (Jn 20, 25).

Todos estos casos culminan con una experiencia real de Cristo, y una confesión de fe (Jn 20, 8.18.28, etc.). El primero de estos episodios destaca en la perícopa de hoy.

Nos sitúa ante la visita a la tumba de las mujeres y del discípulo amado en especial (Lc 24, 11-12). En los primeros estadios de la vida de la Iglesia, la fe en la Resurrección se basa en las palabras del ángel (Mc 16, 1-8).

Sólo más tarde van surgiendo problemas que hacen a las comunidades cristianas hablar de la tumba vacía, con las vendas y el sudario como comprobación no de un robo del Cuerpo del Señor, sino de su Resurrección.

Para Juan, el sepulcro vacío hace ver que Cristo no es prisionero de la muerte. Al comenzar un nuevo día, la creación de la humanidad queda terminada, se inicia una nueva etapa en el mundo, la historia se recrea en Cristo.

La Magdalena es la primera en experimentarlo. Su grata sorpresa la lleva a Pedro y a dos discípulos, y al discípulo amado. Se trata de que comunidades de niveles y ritmos distintos, a pesar de sus diferencias, están unidas en la fe.

Las une Cristo Resucitado, porque todos ellos son los amigos de Jesús (el Cristo Resucitado), como dice Juan (Jn 15, 14). Con todo, la fe del discípulo amado es un ejemplo, porque cree sin ver (Jn 20, 29).

Así manifiesta esta comunidad allá por los años 80 o 90 una cristología más desarrollada que la de otros grupos cristianos. Esta fe recorrerá un camino, no será automática, ya que antes de llegar al sepulcro no habían creído (vs.8-9).

La fe que se hace experiencia de Cristo Resucitado, encierra dos aspectos: previo y definitivo. El primero se define por la ausencia de Cristo en el sepulcro.

Cristo no está entre los muertos, quiere esto decir. Luego, la experiencia de Cristo hace ver que, aunque haya un cadáver desde el principio, Cristo se experimenta realmente entre los vivos, no entre los muertos.

Este segundo aspecto pertenece a la fe, desde luego. Se hace evidente que es difícil encontrar la vida en la muerte. Es que la muerte física no impide la vida, y una vida de índole superior, para colmo, una Nueva Vida.

Eso resulta difícil de comprender incluso para aquellos primeros discípulos.

c. Para la vida

¡Señor, haznos asumir que Tú eres la Vida! El camino de la fe es igual y a la vez distinto para cada uno. El del discípulo amado es otro que el de Juan, o el de Tomás, o el de María Magdalena.

Personalizar la fe, dentro de la misma comunidad de creyentes en Cristo pertenece al abecedario del cristianismo. ¿Quién nos habrá enseñado a uniformar, a exigir a todos el mismo ritmo?...

...¿O, lo que es peor, a suponer, dar por supuesto que todos van al mismo trote, y que no hay lugar para las dudas y zozobras? Yo quiero hoy, Cristo Resucitado, amar a mis hermanos respetando su ritmo.

Quiero alegrarme de sus pasos, y sentarme junto a ellos en el camino del cansancio, aunque yo, en ese momento guarde energías para correr. No voy a engañar a nadie con falsas 'empatías'.

Pero sí estoy llamado, amigas/os, a acompañar. ¿Y, si otro día me encuentro en la 'noche oscura del alma', quién se me hará el contradicho? ¡Ojalá no me sienta marginado por no ir al paso que me marcan los otros!

Comento estas cosas, porque suelen ocurrir entre los creyentes. Lo peor es que ocurren por cuestiones que son menos importantes que el núcleo de la fe cristiana.

A veces divergencias de métodos, o de gustos, o de ritmos de trabajo, etc. hacen que muchos queden atrás, sin que nadie les eche una mano. ¡Señor, ¿cuándo te vas a alegrar con nuestra madurez al caminar por la vida juntos?!

Tú dirás que esa pregunta nos la haces Tú a nosotros. ¡Es verdad, pero yo quiero creer que Tú tienes algo que ver en la respuesta! Tú sabrás, Jesús. Hoy estoy contento, porque has vencido la muerte y nuestra indolencia.

¡Eso sí que tiene 'mérito'... (¡otra vez se me coló la manía de siempre..., la del dichoso 'mérito'...!): es que no doy para más, ¿sabes? Bueno, pero estoy contento, Jesús: enhorabuena por lo de tu Resurrección.

A mí también me toca algo, ¿no?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es